

El llamamiento misionero

(Carlos Madrigal, Estambul, 31.10.2007)

Habiendo superado los 22 años de servicio en un país “más necesitado del Evangelio que el nuestro” (como reza el lema que siempre hemos enfatizado), me alegro de poder compartir unas reflexiones sobre aquello que más emociona al corazón de Dios: las misiones.

Desde el momento en que “el SEÑOR Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás?” (Gn.3:9), la aventura del regreso de la humanidad al hogar del Padre celestial se reinicia y perpetúa siempre con un llamamiento. Este es el ruego de: “¡Reconciliaos con Dios!” (2Co.5:20). Pero Dios, una vez expulsados nuestros primeros padres del jardín del Edén hace este llamamiento, no ya directamente sino por “la locura de la predicación” (1Co.1:21). Es decir a través de siervos y siervas suyos que llama para esta tarea.

En este sentido todo creyente ha recibido el mismo llamado para aceptar, vivir y predicar las buenas nuevas. Es lo que Pablo expresa como: “Yo, pues, prisionero del Señor, os ruego que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados” (Ef.4:1). Pero cuando hablamos del llamado misionero, casi automáticamente evocamos a esos grandes siervos de la época dorada de las misiones protestantes, como William Carey o Hudson Taylor, quienes nos parecen cercanos a los profetas de las Sagradas Escrituras y ciertamente superiores a nosotros... Y nos sentimos distantes de su experiencia.

¿Entonces cual es la realidad del llamamiento misionero para el día de hoy y nuestro contexto?

En una época donde en el llamado “primer mundo” occidental la falta de vocaciones es un clamor cada vez mayor de los que evocan con añoranza épocas doradas del pasado y en concreto en nuestro contexto evangélico peninsular, ¿qué lugar ocupa o debería ocupar “el llamamiento misionero” en la experiencia de la iglesia? Es común escuchar la máxima “nuestro país es todavía campo de misiones...” Y es verdad porque “el campo es el mundo” (Mt 13:38). Entre tanto siga existiendo una porción del mundo todavía por alcanzar, ese país o lugar es y será campo de misión. Pero es tan campo de misión el país que más misioneros envía como aquel que menos creyentes tiene. Dicho al revés, el llamamiento misionero es tan válido para el uno como para el otro. ¿Acaso cuando tras la resurrección el Señor dijo a sus discípulos “...y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” Jerusalén o Judea habían sido ya alcanzados? ¿Acaso el Espíritu no los tuvo que impeler a nuevas tierras usando la persecución, cuando Judea no había sido ni mucho menos evangelizada? De esta misma forma, cualquiera que sea nuestra “Judea” y por más grande que sea la situación de necesidad “misionera” de ésta, toda iglesia debe ser hoy, y ahora misionera al extremo. De lo contrario está descuidando su llamamiento más genuino: ¡La Gran Comisión!

No estoy hablando –ni se me ocurriría- de que toda iglesia tenga que obrar alocadamente y que, sin tener aún afianzadas sus propias amarres, se lance temerariamente a las olas encrespadas de una aventura misionera sin haberse sentado y calculado el coste, contrariamente a lo que el Señor nos aconseja. Pero en la parábola de

nuestro Señor la moraleja no es sentarse y desistir, o huir ante la batalla; sino afrontarla con dignidad conscientes de nuestros recursos y limitaciones. Aún en el caso de “inferioridad” el Señor dice que el rey “envía una delegación...” (Lc 14:28-32). Y la moraleja final no es “no arriesgarnos, sino tenemos suficientes recursos”, sino “cualquiera de vosotros que no renuncie a todas sus posesiones, no puede ser mi discípulo” (Lc 14:33). Los recursos están ahí desde el momento que renunciamos a todo lo que poseemos, como patrimonio propio.

Evaluar los ‘contras’ más que los ‘pros’ es muy nuestro. Recuerdo cuando antes de salir a la obra misionera, hermanos muy queridos se acercaron con sus mejores intenciones para animarnos o aconsejarnos, en nuestro típico despilfarro de ‘sentido común’ diciéndonos: “Si fracasáis, no os de vergüenza volver...” Todo esto también lo usa el Señor para probar y por lo mismo consolidar nuestras convicciones.

Una vez asentados estos preámbulos, ¿Qué es el llamamiento misionero? Se ha idealizado o mitificado mucho el tema debido a veces a nuestra literatura grandilocuente y a convertir la experiencia de los citados grandes misioneros, en sagrada tradición protestante. Unos creen que a la fuerza debe consistir en algo así como una revelación celestial, del tipo de la que tuvo Pablo. Otros hoy en día lo reducen a una especie de “estudio de mercado” buscando los lugares más necesitados, o aquellos en los que podamos tener más posibilidades de éxito. Otros sencillamente ni lo consideran... ¡Ni lo uno ni lo otro! Dios ya nos ha llamado a todos con una revelación en la la Gran Comisión, y a la vez usa las circunstancias para despertar en todos su misericordia por los perdidos. ¡A todos! Porque la empresa es de todos. Como William Carey expresara magistralmente en su célebre apelación a la recién formada sociedad misionera de Inglaterra: “La India es un pozo oscuro y sin fondo, pero yo estoy dispuesto a bajar, si vosotros sostenéis la cuerda...”

Aún en los llamamientos más dramáticos de la Escritura, como el de Isaías o el de Ezequiel, Dios se expresa de acorde a las circunstancias. A un Isaías, que está entre un pueblo que ha caído en la superficialidad, se le aparece en un trono majestuoso que llena el templo, custodiado por los adalides de su pureza, los serafines. A un Ezequiel que ha perdido sus raíces, pues ya no hay templo ni Jerusalén a la que apelar para arengar al pueblo, se le presenta en su trono-móvil, capaz de desplazarse desde donde una vez se emplazó el templo hasta las orillas del río Quebar, en la actual Iraq. A los doce se los lleva de campaña evangelística por pueblos y aldeas, y “viendo las multitudes, tuvo compasión de ellas”. ¡Él, que era misericordioso hasta el grado de dejar su trono celestial para venir a salvarnos; al entrar en contacto directo con la necesidad aún se conmovió todavía más! Cuanto más esto fue ocasión para que hiciera un llamamiento a quienes lo acompañaban (Mt 9:37). Es decir, en la medida que los discípulos entraron en contacto con las necesidades -traspolándolo a nuestros días: en la medida que hacían viajes exploratorios, iban a conferencias misioneras, recababan información sobre los países más necesitados en internet, preguntaban a las agencias misioneras cuales son las estrategias vigentes...- en esa medida estuvieron en condiciones de captar el llamamiento del Señor: “Por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt 9:38). Y en la medida que oraron por esta necesidad Él, “llamando a sus doce discípulos... A estos doce envió después de instruirlos...” (Mt.10:1, 5). En consecuencia podemos decir que nuestros oídos estarán en condiciones de oír Su llamamiento en la medida en que nosotros: (1) Estemos cumpliendo con la

Gran Comisión; (2) entremos en contacto con las necesidades; (3) oremos en consecuencia; y (4) recibamos la instrucción necesaria.

¿Qué fue en nuestro caso –de mi mujer y mío- lo que nos hizo sensibles al llamamiento? La iglesia oraba por misiones, la iglesia evangelizaba de forma sistemática, la iglesia enseñaba sobre misiones, la iglesia organizaba campañas en otros lugares... Y nosotros con ella: orábamos diciéndole al Señor “¿a donde quieres que vayamos?”, evangelizábamos, íbamos a campañas, leíamos sobre países necesitados, devorábamos las biografías de misioneros... Por fin en una visita de uno de los barcos de OM y tras la información que se dio de la necesidad espiritual de Turquía, ante la invitación general de escuchar el llamamiento, ambos sentimos en nuestro corazón individualmente y por separado “eres tú quien tienes que ir”.

El caso es que Dios está llamando pero nosotros podemos no estar escuchando; como están presentes en todo lugar las ondas de radio, pero no las captamos si carecemos del transistor necesario...

De este modo podemos decir que el llamamiento puede ser tanto directo como indirecto. Es decir, Dios usa una serie de circunstancias y personas para despertar en nosotros inquietudes y según la vocación que ha dado a cada uno, sensibiliza así nuestro corazón para escuchar Su voz. Aún más en algunos casos puede y debe bastar Su forma indirecta de llamarnos. Pablo recibió un llamamiento directo, claro y dramático. Pero hasta donde sabemos atendiendo a los indicios que nos dan las Escrituras, Timoteo respondió afirmativamente a lo que el Señor le indicó a través de otros. Por un lado Pablo propone reclutarlo (Hch 16:1-3) y por el otro los ancianos de su iglesia ratifican esta invitación en declaración profética (1Ti 4:14). La iniciativa no partió de una revelación privada que Timoteo hubiera recibido, sino de que “Pablo quiso que éste fuera con él” (Hch 16:3). Pero todo ello ocurre en un ambiente donde la misión no es entendida como un algo extraordinario o estafalario, sino como “el pan nuestro de cada día”.

Y no porque estos hermanos fueran un poco crédulos o ingenuos –ni mucho menos-, sino porque no le ponían límites a lo que el Señor quería y podía hacer con sus vidas, si ellos estaban dispuestos a obedecer. De hecho en el tan dramático llamamiento y proceso de envío de Pablo, vemos claramente cómo se dieron pasos bien sensatos y consecuentes. Pero siempre fueron pasos hacia adelante y nunca titubeantes. Pablo tuvo que pasar por un proceso de primer amor, o primer ardor; luego unos 11 años de meditación, servicio y maduración; para seguir con un año de aplicación intensiva de lo aprendido y adquisición de experiencia en Antioquía; hasta llegar al punto en que sus colaboradores en la responsabilidad de la iglesia (los maestros y profetas de Antioquía), con quienes de cierto habría compartido su llamamiento e inquietudes, así como lo había hecho con Bernabé, por fin son ellos que disciernen, sienten en la atmósfera espiritual y en sus corazones la misma voz del Espíritu confirmando el llamamiento (Hch 13:1-3). Entonces se da el paso definitivo y Pablo es enviado... Es decir se ve claramente un proceso de sensibilización, preparación, confirmación y envío. En este proceso la clave es que “todos están ministrando al Señor”; es decir estaban sirviéndole en los términos que Él marcaba, no poniéndole trabas con dudas, alegando falta de recursos o de vocaciones. Creían que Dios dirigía sus vidas, asumían en su pobreza que poseían todo lo necesario y cultivaban un ambiente de servicio sin cuestionamientos. Y

a la vez hacían las cosa bien y con responsabilidad. Lo cortés no estaba reñido con lo valiente...

En un mundo cada vez más globalizado, más pequeños y con menos fronteras técnicas; hoy más que nunca es posible llevar a cabo la Gran Comisión, y hoy estamos más equipados y capacitados que nunca para llegar a los confines de la tierra. Podemos empezar invirtiendo nuestras vacaciones en visitar los lugares más necesitados desde el punto de vista del Evangelio; para abrir los ojos, orar, ayudar en lo que se tercie, cultivar nuestro espíritu misionero... La pregunta es: ¿Hallará fe el Señor en nuestros corazones cuando venga a llamarnos? La fe es por el oír, y el oír por la palabra. Más que nunca tenemos que hablar sobre misiones, enseñar sobre misiones, escribir sobre misiones; retar al pueblo, orar por ello, invitar a nuestros jóvenes o no tan jóvenes, a nuestro mejor potencial a no perder el tren de las misiones, sino dejar que “el viento” sople sobre nosotros en la dirección que quiera. Por ello el llamamiento es un llamamiento corporativo. Es decir involucra a todo el cuerpo. No se pueden despertar vocaciones si no las cultivamos. No se puede ir, si no hay quienes envían. No se puede enviar si las misiones no están en nuestros presupuestos, en nuestros calendarios, en nuestros programas de entrenamiento y si nos son un proyecto de la iglesia...

Pero además el llamamiento es corporativo porque es tarea no sólo de esta o aquella iglesia, sino porque las iglesias son miembros de un cuerpo mayor de iglesias que deben unir esfuerzos para no enfatizar sólo orejas, narices, o bocas; sino para aportar cada uno lo que mejor tiene y sabe hacer, para desarrollar el marco donde el Señor y el Espíritu dirán “apartadme a tal y a cual para la obra a la que los he llamado” y para que cada vez muchos más digan: “Heme aquí, envíame a mí”.